

# “TODO LO QUE SE PIERDE NO VALE NADA COMPARADO CON LO QUE PERDIMOS DESPUÉS”

**GRACIELA IRENE QUESADA, TERCERA HIJA DE CARLOTA AYUB LARROUSE, FUE DETENIDA EN MARZO DEL '77. MANTUVO COMUNICACIÓN CON SU FAMILIA POR ÚLTIMA VEZ EN NOVIEMBRE DE ESE AÑO, CUANDO ESTABA EMBARAZADA DE 7 MESES APROXIMADAMENTE, DE SU COMPAÑERO GUILLERMO MARCOS GARCÍA CANO.**



La abuela Carlota Ayub de Quesada durante la presentación de la película *Nietos* en Barcelona junto a la colaboradora Loïta Llicher.

Carlota Ayub Larrouse busca a un nieto al cual nunca vio en la panza de su hija. Tampoco conoció al padre del chico. Ni tuvo oportunidad de hablar nunca de ese embarazo con su hija. Es que ese hijo fue concebido durante la detención de su hija Graciela en el centro clandestino de detención “La Cacha”, junto a su compañero Guillermo quien también está desaparecido. Graciela tuvo otros dos hijos de su primer matrimonio con Luis, a quien mataron en una encerrona en plena calle en noviembre del '76, antes de detuvieran a Graciela en marzo del año siguiente. Fue justamente el padre de Luis (de apellido Bearzi) quien tenía a su cargo a los dos hijos de la pareja, quien le contó a Carlota que recibió la visita de Graciela en momentos en que se encontraba detenida —acompañada por personas que no sabía quiénes eran—, para visitar a los chicos. Él, médico y ginecólogo, no tuvo dudas en afirmar que Graciela estaba nuevamente embarazada, a pesar de que en su visita ella no hizo ningún comentario. También fueron los padres de Luis quienes recibieron el llamado que informaba dónde se encontraban los dos hijos de Graciela y Luis al momento de la

detención de Graciela. Llamado al que acudieron de inmediato a recuperar a los chicos, en ese entonces de dos y un año, que afortunadamente pudieron irse ir a vivir con sus abuelos paternos. Antes de que todo esto ocurriera, Graciela deambulaba por varias casas sin que Carlota supiera su paradero —salvo cuando la primera la iba a visitar sin previo aviso. Entre esas visitas, a veces le dejaba a su hijo Mariano de dos años en el IOMA (Instituto de Obra Médico Asistencial), lugar donde trabajaba Carlota, y ella tenía que esconder al chico porque era un gran compromiso. Lo escondía debajo de la mesa por sí pasaba el director y, cuando no venía, lo sentaba en su falda y lo entretenía con la máquina de calcular. Muchas veces Graciela se llevaba su auto sin decirle a dónde iba y después regresaba a buscarla con el niño. Hubo varias veces que la dejó plantada y tuvo que volverse con Mariano por otros medios a City Bell, donde vivía. En esas oportunidades en que la veía, Carlota le pedía a su hija que se fuera del país. Ante lo cual Graciela respondía que los que se tenían que ir eran ellos. “¿Y nosotros por qué?”, preguntaba Carlota.

No tardó mucho Carlota en comprenderlo y en irse con su marido a España. Sin embargo, la historia quiso que justo el día del golpe —24 de marzo del '76— ellos retornaran a la Argentina. Fueron sólo un par de meses los que se quedaron en la Argentina ya que al poco tiempo de llegar, a Enrique, el marido de Carlota, lo dejan cesante en su trabajo y le declaran la “ley de peligrosidad” por cinco años, durante los cuales no podía trabajar. Enrique era de los primeros diplomados de Salud Pública de Argentina, tuvo varios cargos públicos como el regente de una escuela para enseñanza de médicos rurales en Jujuy, y el cargo de director de Estadística del Ministerio de Salud en La Plata. En esa época había pocos especialistas, y en palabras de Carlota: “... Se ve que eso motivó a la cúpula ésta militar de echar a todos los sanitarios (...) Era demasiado para esa mente estrecha de ellos. Entonces los echaron. Y bueno, en eso caímos nosotros”. También a su hijo, Quique, que es médico y por aquel entonces funcionario del Ministerio de Mendoza le sancionaron “la ley de peligrosidad” y a los pocos meses fue a reunirse con sus padres a España. Mientras estaban en Europa, se ente-

**A GRACIELA LE GUSTABA MUCHO EMPILCHARSE, VESTIRSE BIEN, PINTARSE LOS OJOS BASTANTE, PERO CUANDO IBA A TRABAJAR A LOS BARRIOS DONDE HACÍA TAREAS SOLIDARIAS “IBA CON LOS PUESTITO” Y A VECES HASTA SIN ABRIGO, PARA NO APARENTAR.**

ran de la muerte de Luis y a los pocos meses de la desaparición de Graciela. Era común que recibieran cartas sin remitente, que mandaba Carlota, donde les pedía que no hicieran nada. “No hagan nada porque es peor, que nos van a castigar”. Entre esas cartas que recibió Carlota, hubo una donde Graciela le informaba de la pérdida de Luis, y en esa misma car-

ta le decía, haciendo mención a una máquina de tejer de Carlota que un día Graciela se llevó para enseñar en los barrios: “También tengo que decirte que, que perdí la, la máquina de tejer. Pero esas cosas”, dice, “no importan”. A su vez, Carlota se fue a España sólo con un par de valijas y lo puesto, dejando toda su casa armada en Argentina. Al volver en un viaje posterior, Carlota tuvo que deshacerse de muchas cosas y luego la casa fue saqueada y muchas cosas se perdieron. “Todo lo que se pierde no vale nada comparado con lo que perdimos después”, resume Carlota.

En el '78 Carlota vuelve a la Argentina con su hija Laura y presenta un hábeas corpus para localizar a Graciela. Aún no sabía si su hija estaba con vida o no, pero todavía tenía esperanzas. “Ahí sí que sentí miedo. En volver a la Argentina sentí mucho miedo, de andar sola, qué sé yo, aquí cualquier... Bueno, no sé si es que uno tenía la psicosis de que, de que podías desaparecer en cualquier momento.” Carlota nunca recibió ningún tipo de información sobre Graciela, ahí fue cuando decidió acercarse a Madres y a Abuelas.

**Graciela, en la mirada de Carlota** Graciela es la tercera hija de cuatro hermanos. Padre médico, profesional, muy afamado; Carlota, licenciada en Estadísticas en Matemática, “una señora gorda” como le decía Graciela. En realidad, pesaba sólo cincuenta kilos, pero le decía señora gorda porque estaba en las tareas de la casa, en criar a los hijos, el consultorio en la casa, su marido, atender el teléfono, la puerta, los deberes, llevarlos a los chicos a todos lados, como ella misma dice.

Cuenta Carlota que Graciela a los quince años estaba acomplejada por sus piernas largas y un día dice que se las va a cortar. Y el padre le contesta que si se las corta, le van a sobrar los brazos y le van a llegar al suelo, y entonces Graciela desistió de la idea de cortárselas.

A Graciela le gustaba mucho empilcharse, vestirse bien, pintarse los ojos bastante pero cuando iba a trabajar los barrios, donde hacía tareas solidarias, “iba con lo puestito” y a veces hasta sin abrigo para no aparentar. En esa intención de no aparentar, también se bajaba antes del auto donde la llevaba Carlota porque vivían lejos, y prefería llegar caminando.

#### Cómo imagina el reencuentro

Al pensar en ese nieto o nieta que muy probablemente nació en cautiverio, Carlota piensa que seguramente él o ella en un momento se va a oponer a encontrarse con su familia biológica y su historia, por haber estado muy unido a la familia que lo ha criado, y encontrarse con alguien desconocido probablemente le sea muy difícil. “No pretendo que diga: ‘Ay, mi abuelita, no sé qué...’”

Carlota hoy sigue viviendo en España y seguramente a pesar de imaginar tan difícil el reencuentro, aún conserva la esperanza de poder abrazarlo como hoy lo puede hacer con Mariano y Julia, los hijos de Graciela de su primer matrimonio con Luis, que gracias a un llamado telefónico pudieron crecer con su familia y la verdad.